

Yourcenar
inmortal

ENCONTRADA en un volumen de la correspondencia de Flaubert, muy leído y subrayado por mi hacia 1927, la frase inolvidable: 'No existiendo ya los dioses y no siendo aún Jesucristo, hubo, de Cicerón a Marco Aurelio, un momento único donde sólo el hombre existía'. Una gran parte de mi vida transcurriría en el intento de definir, después de dibujar, este hombre solo y, por lo mismo, religado a todo".

Esta es la mejor definición, dada por ella misma, de la obra de Marguerite Yourcenar, primera mujer elegida a la Academia Francesa, escasamente conocida en nuestro país. Yourcenar es una belga, expatriada, como su inmortal personaje el Emperador andaluz Adriano, hacia las fronteras de su cultura en busca de libertad. Desde hace varias décadas vive en una isla frente a las costas de Maine en el Nordeste de los Estados Unidos. Preguntada en el programa televisivo francés "Apostrophe", un A fondo con presentador universitario y sin partitura, Yourcenar explicó su "depeissement" como un medio de conseguir la perspectiva necesaria para escribir sobre sus raíces culturales, que son las nuestras, como el lector comprobó, y de conseguir la libertad. "Adriano marchaba a los límites del Imperio porque en la frontera está la libertad".

Y es en este espacio fronterizo entre dos mundos donde le gusta moverse a Yourcenar; sólo que lo suyo son fronteras entre épocas más que entre países. La nueva inmortal ama los periodos híbridos, las culturas mezcladas, entreveo su museo imaginario poblado de iconografía copta donde lo egipcio se une a lo cristiano, lo helenístico a lo nestoriano. Por eso sus dos grandes creaciones son retratos del hombre sin dioses, del hombre sólo religado a todo: un Emperador humanista y un humanista científico: Adriano, Emperador de Roma, y Zenón, alquimista del Renacimiento.

En "Memorias de Adriano", quizá su mejor libro, Yourcenar se proyecta en la personalidad, inventada por ella, del primer Emperador romano helenístico. Tras la serie de enfermos, dementes o asesinos que se disputaron el trono imperial, aparece en Roma una estirpe andaluza que pone orden en el trono y civiliza las bárbaras cos-

tumbres de los primeros romanos. Adriano, amante de Grecia, instruye Roma de las costumbres serenas de los helenos, añadiéndoles el aroma voluptuoso de su Andalucía natal. Sus amores con Antínoo, a quien hizo dios, su viaje con él por el Nilo, se contraponen, de un modo plenamente español, es decir, extremo, con su iniciación a los misterios de Eleusis y su ascética preocupación metafísica. El gran asceta, el mortificador de la carne, sólo puede ser el gran voluptuoso, tensión patética que ha solido darse en el español. Adriano, digámoslo de pasada, erige en Roma una arquitectura absolutamente nueva: su villa, el panteón, el mausoleo, hoy castillo de Sant'Angelo; esta arquitectura, caída como del cielo y sin precedentes en Roma, venía de Andalucía, cultura más avanzada que la romana, aunque los libros de texto imperiales pretendían lo contrario. Spengler, en un ramalazo de genio, señala que el panteón de Adriano es la primera mezquita andaluza.

Sea como fuere, el libro de Yourcenar, si no refleja la mentalidad del Emperador hispanorromano, traza, en forma de diario íntimo, un recorrido espiritual fascinante por su sensibilidad y su cordura, entre el abigarrado exterior del "metting pot" mediterráneo y los intereses del Imperio. Adriano es quizá el último hombre que fue capaz de decir: "He reequilibrado el mundo", de ahí que resulte apasionante la introspección de este hombre solo, sin dioses ni fanáticos, capaz de tomar el destino entre sus manos y realizarlo, como deseáramos ver en más de un líder de nuestro tiempo. ¿Pero qué político de ahora sería capaz de escribir

*Animula vagula, blandula,
Hosper comesque carpatia
Quae nunc abditis in loca
Paullula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis iocos...?*

LUIS RACIONERO.



Marguerite Yourcenar.

una ideologización del contenido— y debiera ser primer mandamiento de muchas "introducciones", supuestamente asépticas.

Hay que señalar que la obra está bien editada, primando en ella el criterio de utilidad (se utilizan, por ejemplo, siempre que es posible, textos previamente traducidos al castellano y de acceso fácil para los lectores). Este mismo criterio origina el único aspecto negativo de la obra: la antología es incompleta y los textos, en algún caso, aparecen excesivamente recortados.

Alguien echará a faltar también, probablemente, la inclusión de textos críticos respecto a la razón de ser de la Semiótica (hay una cierta tendencia a relacionar semiótica con "comunicación" y se podría arguir, desde una perspectiva marxista, que lo único que se está pretendiendo con la nueva disciplina es trasladar al terreno de las relaciones intersubjetivas cuestiones que atañen a la transmisión de ideología y pertenecen al campo de las relaciones sociales). La respuesta probable es que los detractores de la semiótica aún no se han molestado en plantear sus críticas por escrito. ■ CARLOS SANTOS.

Latinoamérica:
escritos
antiimperialistas

DE la mano de dos latinoamericanos nos llega un pequeño compendio de las ideas antiimperialistas expresadas por algunas de las figuras más representativas de la independencia y el nacionalismo en ese subcontinente (1).

Una selección de textos que van desde principios del siglo XIX hasta las proclamas de algunos de los movimientos revolucionarios de nuestros días, y que incluyen los de personalidades como Bolívar, Martí, Sandino, Mariátegui, Allende, Guevara y Castro, entre otros.

A estos dos últimos se les incluye dentro de un apartado especial, titulado "la nueva izquierda", en el que se nos ofrecen también las ideas expuestas por los tupamaros, ALN brasileño, montoneros, MIR chileno y sandinistas.

(1) M. Aguirre y A. Montes: *De Bolívar al Frente Sandinista*. Ediciones de la Torre, Madrid, 1979.

El libro es interesante, al ofrecer esos escritos conjuntamente, aunque sin duda sería más si recogiera una gama más amplia de manifestaciones antiimperialistas, especialmente en el apartado correspondiente a la época contemporánea.

Está precedida por una introducción en la que se analiza la historia de América Latina (desde el Descubrimiento y primera colonización por europeos) con una perspectiva económica, repasando la explotación comercial de esa zona del mundo por parte de potencias más fuertes que se van imponiendo sucesivamente sobre sus habitantes. Aunque es un tema conocido y está sencillamente expuesto, sin pretensiones de análisis científico especial en ningún punto, sorprende la peculiar interpretación



Mariano Aguirre.

de sus autores con respecto a algunos movimientos nacionalistas contemporáneos, y la falta de rigor histórico al meter en el mismo saco experiencias como la de J. J. Torres en Bolivia y S. Allende en Chile.

En cualquier caso, la segunda parte merece la pena de ser leída, ya que, a pesar de ser incompleta, nos da a conocer posturas públicas de grupos y movimientos que basan su actuación en análisis históricos y sociales de la realidad nacional concreta dentro del marco global latinoamericano, como unidad geográfica sometida a los avatares de la ambientación y el lucro de potencias externas a ella. Movimientos de los que a veces se habla mucho sin conocer bien cuáles son las bases ideológicas en que se apoyan a la hora de elaborar sus estrategias. ■ MARISA RODRIGUEZ MOJON.